

herejes á los Maronitas y Caldeos, ó á estos últimos Nestorianos (1). Un año antes de la expedición de esta bula, había ingresado en la Iglesia romana el rey Esteban de Bosnia, y siguieron su ejemplo sus parientes y los principales de aquella nación (2). A los abisinios que se adhirieron á Roma se les cedió, por orden del Papa, la iglesia de San Stefano dei Mori (detrás de San Pedro), junto con el monasterio adyacente; pues también los hijos de la Suiza africana habían de poseer en Roma un hogar propio (3). De esta suerte, á fines del reinado de Eugenio IV, parecía que casi todo el Oriente se había reunido á la Iglesia romana. «Desgraciadamente todo quedó en apariencia, y aun ésta sólo parcial; mas, en todo caso, Eugenio IV, gracias á sus, en general, felices esfuerzos en favor de la unión, había logrado dar un nuevo apoyo al poder pontificio por tantas partes combatido (4).

Pocos papas han hecho tanto por el Oriente como Eugenio IV, el cual, como verdadero veneciano, estimaba adecuadamente la importancia del Levante; y aunque muy pronto se descubrió que los más de los griegos no eran amigos de la unión, el Papa se esforzó con tenacidad digna de alabanza, en oponer un dique á la extensión de los turcos en Europa, y asegurar la permanencia del Imperio bizantino (5).

En la primavera de 1441 habían los turcos asolado á sangre y fuego, no sólo la Hungría inferior hasta el Theis, sino también la Eslavonia y la región comprendida entre el Save y el Drave; y había sido fortuna para la Cristiandad, que el héroe húngaro Juan Hunyady, nombrado, en premio de sus fieles servicios, duque de Transilvania y conde de Temesvar, hubiera tomado el mando superior de las ciudades situadas en la frontera Sud del Imperio.

(1) Raynald ad a. 1445 n. 21-22. Pichler II, 544-545. Sobre la unión de los Maronitas, cf. Kunstmann en la Tüb. Theol. Quartalschr. 1845 p. 45 ss.

(2) V. Klaić 370. 372. Cf. Theiner, Mon. Slav. I, 388. 389, y Balan, Chiesa catt. e gli Slavi 184 s. 237-239.

(3) Cf. Arch. d. Soc. Rom. XI, 281 ss.

(4) Frommann 22. Que el rey de Etiopía Zar'a Jacob nunca tomó parte en los conatos de unir su iglesia con la romana, lo indicó ya antes que A. Dillmann (Über die Regierung, insbesondere die Kirchenordnung des Königs Z. J., Berlín 1884, 69-70) Pichler (II, 505).

(5) Cf. Frommann 189 s. 204 ss. 208 ss., según el* Cod. XVI-85 de la *Biblioteca Barberini de Roma*. Desde 1441 á 1445 se esforzó también Eugenio IV por salvar á Rodas; cf. Raynald ad a. 1545 n. 18-19; Wadding XI, 210 sqq.; Frommann 208 s. 211, y Delaville Le Roulx, Les Archives etc. de l'ordre de St. Jean de Jérusalem à Malte (Paris 1883) 29.

Su habilidad y energía lograron causar á los turcos varias derrotas, mientras el Papa Eugenio trabajaba incansablemente para promover la lucha contra los infieles. En conmovedoras epístolas describía á los príncipes occidentales la triste situación de los cristianos en Oriente, y prometía varias ventajas á los que tomaran parte en la cruzada. A principios del año 1443 expidió una Encíclica universal, en la que, manifestando su propia falta de recursos, exhortaba y compelia á todos los arzobispos, obispos y abades á pagar el diezmo de todas las iglesias, monasterios y prebendas, para prosecución de la guerra contra los turcos; y él mismo, añadía, iría con su buen ejemplo delante de toda la Cristiandad, en este asunto de común interés para la salvación de la Iglesia, destinando el quinto de todas las rentas de la Cámara apostólica para armar un ejército y una flota contra los infieles (1). Con la República de Ragusa ajustó el Papa una alianza defensiva (2), y envió á Hungría como legado al cardenal Cesarini, para restablecer lo más aceleradamente posible la paz en el Imperio; además, encargaba al obispo Cristóbal de Corona, que exhortara á los príncipes, señores y ciudades de las vecinas provincias de Moldavia y Valakia, así como de Albania, á tener unión entre sí, para combatir al enemigo común. En Venecia se comenzó con grandes gastos á armar una escuadra (3).

A la fogosa elocuencia de Cesarini se debió en primera línea, el que en Hungría se concluyera una paz nacional y se organizara una gran expedición contra los turcos. Desgraciadamente, la mayor parte de los príncipes occidentales mostró una gran indiferencia hacia la guerra santa á que el Papa les exhortaba; exceptuándose Polonia y Valakia, las cuales enviaron sus infantes y caballos, con el sueldo necesario para medio año. Mayor resonancia halló la causa común de la Cristiandad entre el pueblo bajo, de cuyo seno salieron gran cantidad de cruzados, dirigiéndose á Hungría,

(1) V. Raynald ad a. 1443 n. 13 sqq.; Zinkeisen I, 598 s. 607. Bernardino de Sena fué también nombrado para predicar la cruzada en Italia; cf. Bullett. Senese di storia patria II, 130 ss., pero un trabajo de cuarenta años había agotado sus fuerzas de modo que no pudo desempeñar este encargo.

(2) Cf. la excelente obra del conde L. de Bojnovic, Ragusa und das osmanische Reich (Belgrad 1898) 32 s.

(3) Guglielmotti II, 163 s. Zinkeisen I, 608. Acerca de la legación de Cesarini, cf. Palacky IV, 1, 126, y Theiner, Mon. Slav. I, 382-383.

mientras el Papa procuraba apoyar la empresa con subsidios pecuniarios (1).

A fines de Julio de 1443, se puso en movimiento el ejército cruzado bajo la dirección del rey Wladislao y Hunyady, acompañados por el cardenal Cesarini y el fugitivo rey de Servia Brankowitsch. Al principio sucedió la expedición maravillosamente; penetrando el ejército sin hallar resistencia en Servia, y derrotando á los turcos en una gran batalla en Nisch (3 de Noviembre), llegó hasta Sofía y cruzó por Mirkovo el desfiladero entre los Balkanes y el Srédna Gora de Ichtiman, hasta llegar á Zlática. Pero detenido aquí por los jenizaros, se resolvió, en atención á la proximidad del invierno y falta de vituallas, emprender la retirada; y aunque los turcos siguieron al ejército cristiano, fueron no obstante derrotados por Hunyady (2). Este acaecimiento y luego la terrible derrota de 1443, que tuvo por consecuencia el levantamiento de los albaneses al mando de Jorge Castriota (Sacanderbeg); y acaso también la noticia de que en Occidente se iba despertando grande entusiasmo por la guerra, determinó al sultán Amurates II á ofrecer la paz á los húngaros; los cuales, á pesar de las representaciones que les hizo el cardenal legado Cesarini, ajustaron á mediados de 1444, en Szegedin, una tregua de diez años con los turcos, en fuerza de la cual, Valakia quedaba por Hungría, y Bulgaria á la Sublime Puerta, y se restituía la Servia á Brankowitsch; estipulándose además que, ni los turcos ni los húngaros atravesarían en adelante el Danubio (3).

Aun antes de la conclusión de esta paz, la cual debe considerarse como una gran falta política, se había puesto en marcha á velas desplegadas la escuadra de los cruzados que se dirigía á Levante, reunida principalmente por los esfuerzos del Papa. Luigi Loredano mandaba las galeras venecianas, y al frente de toda la armada iba el legado apostólico, cardenal Francisco Condulmaro. Apenas habían los embajadores turcos salido de Szegedin, cuando llegaron allá cartas de la armada cristiana, en que se exhortaba á que volvieran apresuradamente á la lucha; que el sultán Amurates había pasado al Asia con todo el ejército; que Europa había

(1) Zinkeisen I, 610 s. 657 Anm.

(2) Hertzberg II, 511. Zinkeisen I, 611-621, y principalmente Huber en el Archiv f. österreich. Gesch. LXVIII, ss. 177 ss. Cf. Revue d'Orient latin 1899 p. 80 ss.

(3) Zinkeisen I, 626.

quedado enteramente libre de tropas turcas y la escuadra estorbaba el paso de nuevos enemigos desde el Asia; que con reducida hueste podrían apoderarse, en aquella feliz coyuntura, de toda la tierra, arrojando finalmente á los infieles á su país; que el Rey debía considerar lo que tenía prometido á los príncipes cristianos, y cómo ellos á su vez se habían esforzado por cumplir sus promesas (1).

Vencidos por la elocuencia de Cesarini, rompieron entonces los húngaros las paces que acababan de ajustar (2); pero el éxito fué por extremo desgraciado; el sultán se restituyó enseguida á Europa con un grande ejército, y la armada cristiana se esforzó inútilmente por defenderle el paso del Helesponto (3). La consternación de Hungría fué entonces tanto mayor, cuanto que faltaron las tropas auxiliares que se esperaban de diferentes partes, principalmente de Albania. Con un ejército de sólo treinta mil hombres avanzaron, no obstante, alcanzando á principios de Noviembre las costas del Mar Negro. Aquí les salió al encuentro con su ejército el sultán y, á 10 de Noviembre, se dió junto á Varna una batalla decisiva, que terminó con la completa derrota de los cristianos. El rey Wladislao murió heroicamente y el cardenal Cesarini fué asesinado en la fuga.

Mientras estas sangrientas luchas ocupaban el oriente de Europa, en el centro y oeste de ella continuaba la gran contienda de los partidos conciliar y pontificio. El éxito obtenido en Florencia por Eugenio IV, había puesto fuera de sí á los de Basilea y

(1) Guglielmotti II, 163. Zinkeisen I, 658. 671. Quaresmius, Hist. terrae sanctae elucidatio (Venet. 1880) I, 320-321.

(2) V. Raynald ad a. 1444 n. 5. Zinkeisen I, 671 ss. Voigt, Enea Silvio I, 338. «No sólo Cesarini, dice Palacky (IV, 1, 126), sino también Eugenio IV y casi todos los pueblos vecinos de la Cristiandad, tenían la ocasión por favorable para arrojar finalmente á los turcos de toda Europa y se oponían á la paz.» Acerca de Varna v. Köhler, Die Schlachten bei Nikopolis und Varna (Breslau 1882). Cf. también Zeitschr. für österreich. Gymnasien 1871 p. 81 s.; K. Vassary, Der Eidbruch Wladislaws II, und die Schlacht von Varna, Raaber Gymnasialprogr. 1884; Kupelwieser 83 s.; Fraknói, Cesarini 61 ss. 90 ss. Y las declaraciones, en parte erróneas, de J. Schwartz en la Ungar. Revue 1895 p. 170 ss. La hipótesis de Cicszkowski (Fontes rer. Polonic. Series prima, fasc. 2, Posnaniae 1890; cf. Oesterr. Litteraturblatt I, 315 s.), que en Szegedin no se concluyó paz ninguna, me parece con todo muy aventurada.

(3) Acerca del pretendido transporte del ejército turco en bajeles genoveses, cf. Guglielmotti II, 165; Zinkeisen II, 685-686; Cipolla 516. Cf. Manfroni, 14; L. de Vojnovic 37.

conducíolos á las más extremas resoluciones. Luego que los allí congregados habían ya, á 24 de Enero de 1438, suspendido á Eugenio IV, tuvo lugar á 25 de Junio de 1439, principalmente por instigación del cardenal de Arlés, la deposición formal del Papa, á quien antes declararon hereje por su contumaz desobediencia á aquella Asamblea eclesiástica; y luego fué nombrado antipapa, á 5 de Noviembre de 1439, el ambicioso duque Amadeo de Saboya, en cuya elección tomaron parte sólo un cardenal y once obispos (1).

Entonces escribió Santa Coletta á Amadeo, conjurándole por todos los Santos, por las llagas de Jesucristo, por el amor que debía á la Iglesia y por la salvación de su propia alma, á que rehusara la dignidad que se le ofrecía, y antes sufriera cualquiera cosa que consentir en ser nombrado antipapa (2). Pero, desgraciadamente, estas reflexiones fueron ineficaces; Amadeo aceptó la elección y tomó el nombre de Félix V.

De esta suerte, el Sínodo de Basilea vino á dar á la Cristianidad, en vez de la reforma, un nuevo cisma; lo cual era inevitable consecuencia del intento de trastornar la constitución monárquica de la Iglesia. El antipapa (que ha sido el último en la historia del Papado) no pudo, á la verdad, alcanzar significación ninguna, por más que los de Basilea le concedieron la exacción de annatas en una cantidad, cual nunca la había pretendido la Curia romana.

Pero la pena por el crimen del nuevo cisma recayó muy pronto sobre sus autores. La aversión de los príncipes y de los pueblos contra la excisión, cuyos tristes frutos había tenido poco antes que sentir demasadamente la Europa occidental, era tan grande, que el acto de violencia de los de Basilea les enajenó las simpatías de los más que hasta entonces les habían sido favorables. La exigencia de Juan de Segovia, de que todos los príncipes procedieran

(1) Hefele VII, 662 s. 779. 785. de Beaucourt III, 363 ss. Sobre la vida anterior de Félix V, v. Sickel en las *Sitzungsberichten der Wiener Akad.*, hist. Kl. XX, 186 ss. *Revue d. quest. hist.* (1866) I, 192-203. Otra bibliografía en Chevalier 100. En la «deposición» de Eugenio IV sólo se hallaron presentes cuatro obispos. Una tan desvergonzada perversión y abuso del orden natural y del Derecho positivo, dice Döllinger (II, 1, 339), nunca había tenido lugar en la Iglesia. Un traslado original de la bula de deposición (en pergamino con sello de plomo) se halla en el Cod. K. 11 f. 427 de la *Biblioteca Vallicelliana de Roma*.

(2) Sellier, *Gesch. der hl. Coletta* (Innsbruck 1857) 419.

con fuerza de armas contra el Papa depuesto (1), se predicó á oídos sordos; y es indudable que el Sínodo, con la elección de un antipapa, destruyó su propia influencia espiritual; así que desde este momento comenzó su irrevocable decadencia. Por lo demás, Félix V perjudicó en gran manera á los hombres del Concilio; pues algunas de sus personales cualidades eran tales, que no podían atraer á nadie, enajenando, principalmente su avaricia, los ánimos de muchos, para él y para los de Basilea (2).

Los alemanes y los franceses tomaron, respecto de la contienda entre el Papa y el Concilio, una actitud muy singular; pues, por una parte, reconocían el Sínodo, ó lo que es igual, sus decretos de reforma que les acomodaban; y al propio tiempo reconocían también al depuesto Papa Eugenio. Una y otra nación no querían ver reproducirse el peligro de que la unidad de la Iglesia quedara desgarrada por un cisma duradero; pero, por otra parte, tampoco querían abandonar las conquistas del sínodo de Basilea, que les parecían responder á sus necesidades. Cuán gran peligro hubiera para el Sínodo en esta neutral posición, se reconoció muy pronto en Basilea; y Juan de Segovia, que era entonces acaso el más autorizado defensor de la teoría conciliar, escribió muy luego un propio libro contra la neutralidad de los príncipes alemanes, en el cual flagelaba rigurosamente la inconsecuencia intolerable de su actitud (3). En un segundo tratado procuró el citado teórico radical, demostrar que Eugenio IV había sido legítimamente depuesto. Esta exposición se dirigió á todas las Potencias que, por una parte, favorecían al Concilio, y por otra, no habían procedido hasta entonces decididamente (4); pero tales lucubraciones no tuvieron éxito ninguno. La elección del antipapa, que había seguido á la deposición de Eugenio, era universalmente rechazada, y sólo algunos pocos príncipes llegaron hasta reconocer efectivamente á Félix V. Uno de los primeros fué el duque Alberto de Baviera-Munich, que se dejó mover á ello por su hermano el doc-

(1) Cf. Haller I, 28 ss.

(2) Brockhaus 33 s. 39 s. 79. Cf. Hagen III, 453. El Bullarium Félix V se guarda en ocho tomos en el *Archivo público de Turín*. Este registro está dispuesto y llevado igual que el de Eugenio IV. De él da noticias Bruchet en las *Mém. de la Soc. Savoisiennne d'hist.* (Chambéry 1898).

(3) V. Haller I, 30 s.

(4) Acerca de este trabajo compuesto aun antes de la elección de Félix V. cf. Haller I, 36 s.

tor Juan Grünwalder, hijo natural del duque Juan. Grünwalder fué nombrado cardenal por el antipapa, y procuró mostrarle su agradecimiento ejercitando toda su actividad literaria en favor de Félix V y contra la neutralidad (1). En el mismo sentido escribió también uno de los secretarios del antipapa, Martín Le Franc, el cual, como fuera entusiasta partidario de la supremacía de los concilios, se volvió en 1441, con un acerbo poema, contra los príncipes que abominaban del cisma provocado por los de Basilea (2).

Entre los príncipes alemanes, se adhirieron además formalmente al antipapa, el duque Alberto de Austria y el conde palatino Esteban de Simmern y Zweibrücken; y el mismo paso dieron los duques de Saboya y Milán (3).

Del número de los pocos príncipes con quienes pudieron contar todavía largo tiempo los cismáticos de Basilea, fué el rey Alfonso V de Aragón, el cual estaba enemistado con Eugenio IV porque éste apoyaba á su rival Renato, duque de Anjou, en la pretensión de la corona de Nápoles. Sin reconocer expresamente al antipapa, tomó Alfonso una actitud expectante, y sus enviados negociaban al mismo tiempo con Roma y con Félix V, tratando aquel astuto príncipe de ofrecer su reconocimiento á aquél que mayores concesiones le hiciese (4). En 1442 logró finalmente Alfonso vencer del todo á su adversario Renato y conquistar á Nápoles (2 de Junio de 1442).

(1) Acerca de Grünwalder, que murió á 2 de Dbre. 1452 obispo de Frisinga, cf. Allg. deutsche Biographie X, 60; Voigt, Enea Silvio I, 310 s.; Riezler III, 827 s. 873 s.; E. Geitz, Gesch. der Stadtpfarrei St. Peter in München (1868) 30—50, y Hist. Jahrb. XII, 567 ss. Véase acerca de su sepultura Schlecht, Inschriften im Freisinger Dom (Freising 1900) 31 ss. El *Tractatus contra neutralitatem, editus per dominum Io. Grimwalt card. tit. S. Martini in montibus, en el que se trata á Eugenio IV como á Papa depuesto, lo vi en el Cod. 224 f. 100^a—108^b de la *Biblioteca del monasterio de Einsiedeln*. Ni Geiss, ni Voigt conocieron este tratado.

(2) Piaget, Martin Le Franc (Lausanne 1888) 225 ss.

(3) Gregorovius (VII^o, 71) yerra cuando cree que Visconti no quiso saber nada de Felix V. Cf. Magenta I, 331 s., y Osio III, n. 226. Contra Félix X. y contra la doctrina de la superioridad del concilio escribió muchos trabajos Otón III obispo de Constanza; cf. Zeitschr. f. Gesch. des Oberrheins N. F. XII, 13 s.

(4) Acerca de las relaciones de Eugenio IV con Alfonso, cf. K. Haebler en la Zeitschr. für allg. Gesch. (1884) I, 831 ss., y Lecoy de la Marche I, 148 ss. 183. Alfonso prohibió á sus súbditos obedecer así á las bulas pontificias, como á las resoluciones del concilio: quería guardar neutralidad estricta. Cf. su decreto de 1442 en V. de la Fuente 577—578.

Este decisivo éxito obligó á Eugenio IV, que se veía oprimido en sus propios Estados por el batallador y nunca satisfecho condottiero Francisco Sforza (1), á aceptar todas las condiciones que le hizo proponer por Alfonso de Borja, obispo de Valencia, el ladino Alfonso de Aragón, el cual amenazaba continuamente con reconocer al antipapa. Así llegó á ajustarse por el cardenal Scarampo en Terracina, á 14 de Junio de 1443, un tratado con el rey Alfonso, el cual confirmó el Papa á 6 de Julio. En él prometía el Rey reconocer á Eugenio IV como Papa legítimo, no perjudicar las libertades de la Iglesia y aprontar barcos para la guerra contra los turcos y cinco mil hombres para expulsar á Francisco Sforza de la Marca de Ancona. El Papa, en cambio, confirmaba la adopción del Rey por Juana II, declarándola válida, y otorgaba á Alfonso en feudo el reino de Nápoles, dejándole también por el tiempo de su vida, á cambio de un insignificante tributo, las dos ciudades de Benevento y Terracina, que pertenecían inmediatamente al territorio pontificio. En otros acuerdos secundarios se dieron al Rey otros indultos todavía más comprensivos; y más tarde (15 de Julio de 1444) reconoció también el Papa la capacidad de Ferrante, hijo natural de Alfonso, para sucederle en el trono. Alfonso de Borja recibió, como premio por su hábil mediación, la púrpura cardenalicia (2 de Mayo de 1444) (2).

El tratado con Alfonso V produjo desde luego una total mu-

(1) Sobre la situación de entonces del Papa cf. Borgia, Benevento III, 363 s. Cómo Francisco Sforza trató de vender al antipapa su auxilio, lo muestra la *Instructio praeclari militis domini Thomae de Reate ituri ad praesentiam summi pontificis pape Felicis quinti etc., fecha 1 Abril 1443, de la que hay copia en el archivo público de Turín (Milanese Mazzo II. n. 9). Sforza había sido declarado rebelde ya á 3 de Agosto 1442; cf. Raynald ad a. 1442 n. 11. A 2 de Septiembre 1443 se expidió á Ancona la orden de que no recibieran á Sforza, que no le dieran ningunas vituallas y volvieran pronto á la obediencia de la Iglesia. El manuscrito correspondiente lo hallé, d. d. Senis sub anulo nostro secreto die 2. Septemb. 1443, en el *Archivo público de Ancona* (Lib. croc. parv. f. 2).

(2) Raynald ad a. 1443 n. 1-10; 1444 n. 21. Summonte III, 184 ss. Borgia, Benevento III, 368 ss. Borgia, Difesa del dom. temp. della Sede Ap. nelle due Sicilie (Roma 1791). Doc. 26. Osio III, 288-289. Lecoy de la Marche I, 266 s. Mancini, Valla 166. Nunziante 15. Sentis, «Monarchia Sicula» (Freiburg 1869) 95. El código aquí citado de la *Biblioteca Corsini de Roma*, que contiene f. 417 sq. «De regno Siciliae... documenta varia ex autographis regestis», tiene ahora la signatura 34. C. 14. El documento en que Eugenio IV reconoce la aptitud de Ferrante para la sucesión, está fechado: Rome 1444 id. iul. A^o XIII^o Reg. 380 f. 28^a.^b *Archivo secreto pontificio*.

danza en la situación del Papa y resolvió definitivamente su victoria sobre el sínodo de Basilea y sobre sus adversarios en Italia (1), pues el rey de Nápoles llamó, luego después de la conclusión del tratado con Eugenio IV, á aquéllos de sus súbditos que permanecían en Basilea, con lo cual dicha Asamblea perdió entonces algunos de sus más autorizados miembros, principalmente al arzobispo de Palermo, Tudeschi, que había sido nombrado cardinal por Félix V, y era tenido de sus contemporáneos por el mayor de todos los canonistas (2). También el duque de Milán, que ya antes había mandado venir de Basilea á sus preladados, se puso entonces al lado de Eugenio IV.

Nada estorbaba ya, por tanto, el regreso del Papa á su verdadera capital; los difíciles tiempos de prueba habían pasado, y, después de un destierro de casi diez años, Eugenio IV entró en Roma, á 28 de Septiembre de 1443, victorioso de sus enemigos.

El pueblo, que había visto por larga experiencia, que Roma sin el Papa no era sino una horrible caverna (3), saludó alegremente su venida. En realidad la Ciudad eterna había vuelto á caer casi en las mismas condiciones de abatimiento y perversión en que la había hallado Martín V en 1420. Sus habitantes con sus capas y botas de la Campaña, hacían á los extranjeros el efecto de pastores vaquerizos (4). En todas partes se empleaban para hacer cal los antiguos monumentos, y de las iglesias se robaban los mármoles y las piedras preciosas (5). En las estrechas calles desempedradas pacían las vacas, las ovejas y las cabras. La ciudad leonina había sido abandonada por sus moradores, pues casi todas sus casas estaban destruídas ó amenazaban ruína, de suerte que los romanos evitaban pasar por la calle detrás de San Pedro, porque ofrecía peligro de la vida (6). El asolamiento de la Campaña había invadido la misma capital del mundo; en el distrito del Vaticano los lobos se atrevían á penetrar de noche en el cementerio situado junto á la iglesia de San Pedro, y arrebatában de allí los

(1) Gregorovius VII³, 84.

(2) Hefele VII, 898. Cf. Fiala 378.

(3) V. Aen. Sylvius, Europa c. 58. De cuánta importancia fuera la presencia en Roma de la Curia, se colige de los contratos de arriendo, donde el arrendamiento se fija más que en el triple cuando el Papa residía en Roma. Cf. Nagl-Lang xvii.

(4) Véanse los testimonios en Reumont III, 1, 23; cf. Monnier I, 180.

(5) V. Theiner III, n. 281.

(6) V. Bull. bas. Vat. II, 93.

cuerpos enterrados (1). La iglesia de San Esteban estaba destechada, al paso que las de San Pancracio y Santa María in Dominica amenazaban venirse abajo (2).

Apenas vuelto á Roma, el Papa, que por lo demás aun durante su ausencia había intervenido en la administración de la ciudad, comenzó la obra de la restauración; y en ella auxilió á Eugenio IV el cardinal Scarampo, grangeándose en este concepto indiscutibles méritos (3).

No mucho después de su regreso á Roma, tuvo Eugenio la alegría de ver también á Escocia apartarse del sínodo de Basilea; á 4 de Noviembre de 1443 se reunieron allí en parlamento los Estados del Reino, y aprobaron la resolución del concilio provincial, que desechaba á Félix V y, por el contrario, reconocía incondicionalmente á Eugenio VI (4); y al propio tiempo se imponían graves penas á los partidarios del cisma. Con esto tuvieron fin las hondas desavenencias que había producido también en Escocia la nueva excisión eclesiástica, y que lamenta con animada narración Walter Bower (5). Los florentinos y venecianos, que hasta entonces habían sido amigos políticos del Papa, se ofendieron gravemente por la inesperada mudanza de Eugenio IV en los

(1) * «Cum olim ipso campo clauso non existente corpora fidelium quae humabantur in cimiterio dicti campi, saepenumero reperta fuissent a lupis exhumata nec essent qui taliter exhumata iterum sepelirent aut dicti campi custodiam haberent, tempore fel. rec. Eugenii papae IV. praed. nostri quondam Fredericus Alamanus... quendam domunculam in ipso campo propriis sumptibus construxit et omnia bona sua in usum et fabricam dicti campi dedicavit.» Breve de Paulo II dirigido á «Dominic. Ep. Brixien. nostro in spiritibus in urbe vicario et dil. fil. Georgio de Cesarinis canon. basil. princ. Apostolor. de urbe», d. d. Romae ap. S. Marcum 1466 Aug. 24, en el * Liber primus scripturar. archiconfraternit. b. Mariae Campi Sancti *Archivo del Campo Santo al Vaticano*.

(2) Cf. Piper, Einleitung 668, y Guiraud 16.

(3) Müntz I, 36. A las restauraciones de iglesias de Eugenio IV se refiere la interesante *Conquestio Romae de suorum aedificiorum ruinis auxilium Eugenii et camerarii implorantis* de Agapito de' Rustici en Koch, *Zeitschrift f. vergleichende Litteraturgesch.* N. F. XIV (1900), 171.

(4) Acts of Parliam. of Scotl. II, 33. Bellesheim I, 292-293.

(5) *Scotichronic.* l. XVI, c. 6: «Per quos in ecclesia Dei maxima scandala et in diversis, maxime in Scotia, auxerunt dissidia, dum alter ab altero dissidet, dum regnum et sacerdotium dissentit, dum alter alterum excommunicat, alter alterius excommunicationem, aut ex causa, aut ex tempore, praeiudicio contemnit, dum alter in alterum excommunicandi auctoritate magis forte ex suo libito quam ex iustitiae respectu potitur, auctoritas illius, qui dedit potestatem ligandi atque solvendi, omnino despicitur.»